

propuestas para un proyecto argentino





Publicación del Instituto para el Modelo Argentino N-4
Basavilbaso 1378, 3º "H" - (54 11) 4328 3923 - www.sitioima.com.ar - correo@sitioima.com.ar

NACION O MERCADO

El golpe de Estado de 1976 violó los más elementales derechos humanos individuales como punto de partida para la conculcación de los derechos humanos colectivos. Nuestra identidad y la reciente experiencia nos permiten aportar a las respuestas que demanda la sociedad local y universal.

POR JOSE LUIS DI LORENZO
jdilorenzo@sitioima.com.ar

El 1º de mayo de 1974, el General Perón propuso a los argentinos un Proyecto Nacional, sin embargo, no por casualidad y estando aún caliente su cadáver, el "lopezreguismo" lo quitó de la agenda oficial, como paso previo a que los facciosos lo aniquilaran mediante su golpe institucional del 24 de marzo de 1976. Hubo ahí un fuerte costo pagado duramente por el Movimiento Nacional "y Popular que la historia no puede desestimar, a riesgo de vaciar la construcción de un modelo de país distinto.

Oscar Varsavsky, en 1972, intentó predecir el futuro analizando los proyectos de país posibles para nuestra Argentina, aunque descartaba de plano el que denominaba "consumista", que fue el que en definitiva se implemento. Lúcida ingenuidad que se asemeja a la de muchos argentinos que creyeron que los excluidos eran los otros, los incapaces, los ineptos, los que no se habían adaptado a la "modernidad".

Sin las armas nadie hubiera podido implantar un trazado económico similar, que partió de violar los más elementales derechos humanos individuales para lograr conculcar los derechos humanos colectivos, implementando el modelo neoliberal que nos llevó a la más brutal e impiadosa crisis política, social y económica.

Una de las justificaciones del último golpe institucional se basó en que era indispensable combatir el peligro de la instalación del marxismo en nuestra Patria. Sin embargo, transcurridos casi treinta años, constatamos que los pilares de la sociedad burguesa que se decía proteger fueron devastados pero a manos de los mercaderes que nos "defendían". Fue posible entonces destruir la familia, depredar la propiedad privada, apropiándose por medio de sus bancos y multinacionales de los medios de producción, de los servicios públicos y los recursos naturales, endeudando—además—al país hasta extremos inconcebibles.

Desde allí no fue difícil, aun en democracia, cuestionar —y todavía se cuestiona- la planificación a manos del Estado, pero para dar lugar de manera excluyente, a la del mercado, con la ejecución de los Programas de Ajuste Estructural. Lograron lo que postulan, que "para que la política refleje y adopte las relaciones y eficacia del mercado hay que plantearse al Estado como una empresa, el Gobierno como un buen administrador y los ciudadanos como consumidores que demandan bienes y servicios básicos" (1). Aceptado aun por los propios como la "inevitabilidad del modernismo".

El dilema nacional sigue siendo definir la prioridad, para lo cual resulta imprescindible repasar el contexto global para visualizar qué ha resultado de la planificación de los mercados. La felicidad del confort (2) es el valor triunfante en la aldea global, y constituye el fundamento del modelo consumista, derramado por doquier por "el mercado" (3). >>>

Consejo Directivo: Presidente, José Luis Di Lorenzo; Vicepresidente, Víctor Santa María; Secretario, José Alberto Sbattella; Tesorero, Juan Escobar. Director Académico, Miguel Angel Zanabria.
Consejo Consultivo: Mario Rapoport, Graciela Cipolletta y Andrés Musacchio; Consejo Asesor: Presidente Honorario, Gustavo F.J. Cirigliano; Titular: Guillermo Jacovella.
Coordinación Servicios Públicos: Silvia Carmen Flores. Investigadores: Santiago Chelala y Gerardo Gen tile, Pablo Lavarello, María Delia Lodi Fé, Verónica Robert, Juan Carlos Rivas y Daniela Sbattella.
Asistentes: Paula Ríos, Rafael Arístides Selva y Federico Jelinski. Editor responsable: Alfredo Carazo.
Las notas no firmadas son producto de la elaboración colectiva de los integrantes del IMA.

Este ejemplar acompaña la edición de Página/12 del 5 de abril de 2004

VARSAVSKY Y EL ESTILO CONSUMISTA

Hace más de 30 años, Oscar Varsavsky anticipaba el modelo de país que padecemos en la actualidad.

El libro *Proyectos Nacionales, Planteos y Estudios de Viabilidad*, solamente puede hallarse en el sótano de alguna librería, ya que los 20.000 ejemplares publicados fueron quemados. Oscar Varsavsky, su autor, fue perseguido por el proceso militar, condenado a muerte, falleciendo en agosto de 1976 en el obligado exilio, producto de una fuerte depresión. Este libro, publicado hace más de 30 años, patentiza lo que hoy parece obvio: la Argentina no tiene proyecto nacional. Sin embargo, resulta sorprendente visualizar el modelo construido desde 1976 que se asemeja al estilo consumista visualizado por aquel entonces por el autor.

Varsavsky sostenía lo que parece seguir siendo un imperativo actual: hallar de una manera clara y convincente una propuesta posible y superadora de imágenes simplificadoras como las que se limitan a plantear para el futuro una patria "sin pobres ni ricos", "sin clases" o "con justicia social".

Para ello, organiza su pensamiento en un cuadro que, como él mismo sostiene, cuenta con valor heurístico. Distintos proyectos son allí sintetizados: el estilo "creativo", que es una posible alternativa cultural nacional en "aceleración evolutiva", solidaria en vez de competitiva. El "consumista", que coincide en buena parte con el "desarrollismo", es una extrapolación optimista de las tendencias de la sociedad argentina de los años setenta, orientada cultural y tecnológicamente por la sociedad afluente norteamericana. En tanto, el "autoritario" es una posibilidad que nunca puede descartarse en América del Sur.

Pensaba Varsavsky que "el menos viable de los tres primeros, para un país como la Argentina, parece el consumista"; la realidad lamentablemente ha dicho todo lo contrario, por lo que resulta indispensable repasar cómo lo describía.

Estilo consumista. Principales aspectos

El nivel de consumo material es el más alto posible en bienes y servicios. El concepto de ciudadano se hace equivalente a "consumidor". El consumo suntuario es la mejor medida de "status" y prestigio. Esta organización social no permite incorporar a todos según estas pautas de consumo y queda fuera un grupo creciente de "marginales", cuyo nivel de vida es muy inferior.

En cuanto a la salud, baja la prioridad a la medicina preventiva, salvo para evitar posibles peligros generales: control de epidemias y contaminación. Se atiende al enfermo-cliente, no a la enfermedad. En lugar de solidaridad y seguridad social, este modelo intensifica la sensación de desamparo y anomia y el espíritu de competencia por los medios de vida.

El acceso a la información y la comunicación será a través de medios masivos, controlados por empresas privadas, con censura o autocensura, financiados por la publicidad. El contenido se basará en más entretenimiento que en información general. Habrá noticias seleccionadas por monopolios internacionales de información, incompletas y deformadas.

Formalmente, como Núcleo Social Básico se mantiene a la familia, pero sus lazos internos se debilitan mucho por la inestabilidad de los matrimonios en todos los grupos sociales y la menor autoridad sobre los hijos, que resulta de la inseguridad acerca de los valores sociales que deben transmitirles y de su imagen del mundo.

Las libertades individuales garantizadas serán las de gastar dinero, de las que por supuesto sólo pueden gozar quienes lo tengan. La libertad de prensa se reduce a elegir entre los pocos diarios capaces de financiar esa costosa actividad. Hay también libertad de editar nuevos diarios, siempre que se cuente con la financiación necesaria. La libertad de investigación se reduce a elegir alguno de los temas puestos de moda por los grandes centros científicos internacionales, que por lo tanto cuentan con alguna posibilidad de ser financiados. Lo mismo ocurre con la libertad de enseñanza y hasta con la libertad política. La educación se entiende sobre todo en el sentido de "formación de recursos humanos", o sea mano de obra adecuada para una industria intensiva en capital. Los grupos medios logran acceso completo a la universidad, donde adquieren preponderancia las carreras cortas. Para los grupos altos se crea una educación cuaternaria, de más prestigio, en general privada.

No habrá participación popular verdadera en ninguna decisión de importancia para el país. Habrá democracia formal, limitada a elegir entre partidos comprometidos a defender el sistema y controlados desde arriba, esto es, "libertad de oferta". La autonomía política será formal, sometida a presiones externas importantes y en general exitosas. Se alentarán las inversiones extranjeras y existirá una pérdida casi total de autonomía en las decisiones económicas.

Resolución de conflictos sociales: existirá incapacidad de incorporar a toda la población a la actividad consumidora, y no por falta de recursos productivos sino distributivos. El sistema se irá haciendo cada vez más autoritario y rígido, y los conflictos sociales promovidos por los marginales serán reprimidos por la violencia.

A nivel de las unidades productivas, se advertirá gran preponderancia de empresas grandes, filiales de los gigantes multinacionales, y que por razones de mercado producen para varios países de la zona en conjunto. Las empresas medias y pequeñas, de vida azarosa por dificultades de financiación, se van convirtiendo en apéndices de las más grandes, suministrándoles partes y servicios diversos, y adaptando su producción a las necesidades de ellas, hasta perder toda independencia de decisión.

El estilo consumista no es explícito. No se lo puede llamar un Proyecto Nacional. No estimula por lo tanto la crítica ni la aparición de alternativas, salvo entre minorías intelectuales. ■

NACION O MERCADO

POR JOSE LUIS DI LORENZO

>» Lucubraciones complicadas llevan siempre a conclusiones confusas. Lo que se necesita apreciar y resolver es lo fundamental del conjunto (4). De allí que algunas simplificaciones resultan de utilidad.

Algunos ejemplos nos muestran los resultados obtenidos mediante su amor por el lucro y la avaricia. En un rápido repaso constatamos que el planeta se ha recalentado, que nos alimentamos con productos genéticamente manipulados, que falta agua potable producto de la contaminación indiscriminada, que la salud pública se convirtió en un negocio que atiende a quienes pueden pagarla, que la educación se subsume en la trasculturización de los multimedios -concentrados—, que a la seguridad social se la reduce a niveles asistenciales.

Efectivamente, el planeta se ha recalentado, porque sostienen que "si el mundo ronda en torno a la economía y la economía gira en torno al mercado, eso significa que éste, revestido de carácter idólatra, se sostiene encima de los derechos de las personas y los recursos de la Tierra; se presenta como un bien absoluto, que decide la vida y la muerte de la humanidad". Nos alimentamos con Organismos Genéticamente Manipulados, porque el mercado también los impulsó, a pesar de que son objeto de fiiertes controversias en los países no desarrollados, atento que benefician a las multinacionales agrícolas-ganaderas, al tiempo que se sospecha pueden producir graves daños a la población.

La creciente escasez de agua potable —se acaba de celebrar el Día Mundial con nuevas recomendaciones de la ONU— encuentra causa y efecto en la mayor depredación de los recursos naturales, en muchos casos de la mano de las privatizaciones, calculándose que año tras año disminuye el agua dulce a nivel mundial y que por lo menos una de cada cinco personas no tiene acceso al agua potable, en tanto uno de cada tres no dispone de medios de saneamiento.

Para que creciera el negocio de la salud pública se indujo a que el Estado la abandonara. La desregulación exigida por los organismos de crédito internacional derivó en la proliferación de clínicas privadas que priorizan la facturación, en desmedro del tiempo que exige la práctica médica para cada paciente. Destruyendo, además, el sistema solidario de salud. Las obras sociales sindicales fueron obligadas a ajustarse según indicaciones precisas del Banco Mundial, reduciendo la calidad de algunos servicios y en muchos llegando hasta la quiebra. El objetivo final era la privatización total del sistema de salud, dejando sólo algunos hospitales públicos para consumo de quienes el modelo iba dejando a la vera del camino.

Las estructuras educativas se desfinanciaron, transfiriéndolas a las provincias sin presupuesto, creciendo la brecha —cada vez más ancha- entre la educación formal y la informal, sobre todo a través de los medios de comunicación audiovisuales. Todo funcional a un modelo de país proyectado como apéndice del imperialismo dominante.

Son los mercaderes los que nos exigen "honrar los compromisos" -sólo los externos—, pero sus bancos y sus empresas no honran los suyos. No devolvieron los depósitos que "garantizaban" sus casas matrices, se apropiaron de la diferencia obtenida por altas tasas de interés, fundadas en previsionar lo que denominaron "riesgo país" y se resisten a solucionar la problemática de los deudores hipotecarios de vivienda única. Este capitalismo anticapitalista —capitalismo predador, en el que los grandes capitalistas despojan a los pequeños— ha inflado ganancias estafando a los inversionistas de fondos de pensión privados (Enron, Parmalat, entre otros), licúan sus deudas pero a la vez se amparan en la presunta defensa a los jubilados (ahorristas) extranjeros para continuar con el saqueo de sus AFJP locales.

La inseguridad ciudadana, si miramos bien, también tiene como causa efecto el importado modelo globalizador. Por un lado la realización personal paso a ser la de poseer, medio indispensable para lograr la felicidad del confort. La profiisa propaganda nos incita a exacerbar el consumo —aun de lo que no necesitamos—, a la vez que la concentración económica genera una creciente exclusión (desempleo e insuficiente distribución de la riqueza) que de hecho impide a cada vez más gente acceder aun a lo indispensable.

Concentración + exclusión + propaganda consumista resultaron un maquiavélico motor que impulsó a poseer por el medio que fuera, sentando las bases de una profunda desintegración moral e incrementó la inseguridad ciudadana.

En todos los casos han operado los brazos largos del neoliberalismo, llegando a socavar fuertemente la identidad nacional, entregándola a manos de su sofista afirmación respecto de la indispensable "reducción del gasto" que bien mirado significó que el Estado no gastara "improductivamente" en sus ciudadanos, para así apoderarse del excedente logrado (5).

La Argentina fue colocada como ofrenda en el altar pagano del mercado, en el que las relaciones de los individuos se intercambian según la oferta y la demanda, siguiendo la orientación del neoliberal monetarista Milton Friedman, quien sostenía que "entre el Estado y el ciudadano, el dinero libera y la sociedad oprime", al tiempo que relativiza la democracia, al opinar que cuando el mercado funciona libremente se reduce el espacio de la política a su mínima expresión (6).

La denigración de la política ha sido y sigue siendo una constante, sin olvidar que sus miembros son emergentes de la sociedad y sus valores. Resulta funcional a la necesidad de contar con gerentes para negocios de pocos. El paradigmático caso de las coimas en el Senado demuestra cómo el mercado ha logrado sustituir el tradicional consenso legislativo por la transacción espuria, que gracias a la actual decisión de no amparar a los responsables nos pone por vez primera desde que fue recuperada la democracia en la posibilidad cierta de expulsar a los mercaderes del templo de la democracia.

Lo ejemplificado a grandes rasgos es el modelo de no país padecido y a


Telám

revertir, que sin embargo pretende insistir en que "la libertad exige que se le permita al individuo seguir sus propios fines; el hombre libre no está ligado, en tiempos de paz, a los objetivos concretos de la comunidad" (7), dicen. Aunque en realidad ya duramente aprendimos que "es muy difícil que un hombre se realice en una comunidad que no se realiza" (8).

En estos momentos en que se percibe la urgencia por el crecimiento de la economía, conviene tener en cuenta la experiencia reciente sobre el modelo de acumulación, que para nada derramó la riqueza hacia los sectores castigados por las políticas neoliberales, que sólo podrán emerger de la miseria y la exclusión si se construye un verdadero desarrollo sostenido y sustentable con justicia social.

Definir un Proyecto Nacional requiere de "un esquema concreto y coherente de objetivos, instrumentos y distribución de responsabilidades, conocido, aprehendido, consentido y aceptado por la colectividad y por su mayoría efectiva y políticamente significativa y perdurable, las cuales se sienten entonces identificadas con él... Muchos gobiernos han tenido su proyecto en la Argentina; pero han sido proyectos de gobierno, no de país" (9).

Reconstruir la identidad nacional demanda partir de que no hay nacionalidad sin identidad común, y para ello debemos aceptar nuestra pluralidad y la verdad histórica, contactando e integrando nuestros catorce siglos de historia y los siete proyectos transitados, asumiéndonos como el protagonista y el antagonista. Lo importante es definir qué hacemos con lo que han hecho de nosotros, sabiendo que si no decidimos nuestro propio proyecto necesariamente estamos en el proyecto de otro.

La emergencia nacional delimita las urgencias. La discusión desde la instrumentación económica consiste en generar riqueza con un desarrollo integrador, asumiendo la importancia de la distribución del ingreso. Planteando nuestra integración regional y universal, definiendo si en el intercambio comercial nos reduciremos a canjear agro por industria. Se debe definir la inversión pública frente a la deserción privada, promocionando empleo como eje de reequilibrio distributivo. La realidad habla por sí misma, es tiempo de asumir nuestro compromiso de cambio, o nuevamente, más temprano que tarde, estaremos a merced de los apetitos insaciables del mercado.

El Pueblo argentino a pesar de todo y más allá de la defección de sus gobernantes fue encontrando un cauce. Como respuesta a la falta de empleo intercambio su producción artesanal creando clubes de trueque. Asumió la soberanía monetaria resignada por los gobiernos emitiendo sus cuasi monedas. Revelándose frente a más ajustes y una nueva estafa a la palabra política empeñada, sentando la base para la reconstrucción de la identidad solidaria destruida.

La globalización ha resultado ser la unión de los que lucran, en tanto la universalización, que sigue pendiente, debe ser la unión de los pueblos. Un pueblo con fuerte identidad como el nuestro está en condiciones de reasumir su destino, construyendo su propio proyecto de país, aportando significativamente al proyecto de sociedad universal, modelando la sociedad deseada.

Una vez más la Argentina debe iniciar el camino de la reconstrucción, del cambio y lo debe hacer con memoria, nunca en blanco, porque como dijera Néstor Kirchner, "cambio profundo significará dejar atrás la Argentina que cobijó en la impunidad a genocidas, ladrones y corruptos, mientras condenaba a la miseria y la marginalidad a millones de compatriotas", sabiendo que "lo que tardó en destruirse muchos años, explotando en las manos de una dirigencia que no estuvo a la altura de las circunstancias, no se podrá reconstruir ni en uno ni en pocos años de gestión ordenada y prudente con un rumbo correcto". Un nuevo modelo de país, que borre casi tres décadas de ignominiosa decadencia, sólo es posible con el concurso de todos quienes estén dispuestos a enfrentar el desafío de la nueva liberación. I

Notas

(1) *El Desafio Neoliberal. Análisis Crítico.* (2) El autor francés Tisseran (1861) diferenciaba la cultura latina (España, Francia, Portugal y América del Sur) de la cultura anglosajona (Inglaterra y Estados Unidos) y denunciaba tal enfrentamiento de ambas. Sostenía que a los valores espirituales y solidarios de la cultura latina se le oponían los de un mundo donde los intereses sustituyen por todas partes a las ideas, el amor por el lucro borra todas las tradiciones y anula todos los sentimientos, simplificándose la interrelación social a la de meros viajantes de comercio. Señalaba que en definitiva la cultura anglosajona pregona la felicidad del confort (conjunto de comodidades y de agrados físicos, meta de todos los esfuerzos individuales que son señalados como el "non plus ultra" del proceso social). Fuente: *Argentina un lugar en el mundo*, de Guillermo Jacovella. (3) Simplificación abarcativa de las políticas de cuño neoliberal, impulsadas en su nombre y por sus partidarios y beneficiarios. (4) Juan Domingo Perón, *Política y Estrategia*, pág. 11. Editorial Pleamar, septiembre de 1973. (5) El Estado minimizó su gasto interno, habilitando una enorme transferencia de recursos hacia el sector externo (pago de servicios de la deuda externa, remesa de utilidades de las empresas privatizadas, fuga de capitales, etc.). (6) Fernando Salas Falcón, *Los fundamentos económicos del neoliberalismo.* (7) Friedrich Fíayek, *La fatal arrogancia - Los errores del socialismo.* (8) Juan Domingo Perón. (9) Angel Monti, *Proyecto Nacional.* Ed. Paidos, Buenos Aires, 1974.

ADUANA Y MONEDA

DOS SIMBOLOS DE LA SOBERANIA NACIONAL

POR JOSE A. SBATTELLA*
jsbatella@sitioima.com.ar

Del mismo modo en que la moneda es la manifestación de la soberanía del Estado en el espacio económico, la Aduana constituye esa misma manifestación soberana en el espacio geográfico. Le cabe a la moneda la posibilidad de una demostración de soberanía que va más allá de los límites territoriales, pero en el espacio geográfico delimitado por las fronteras del país, la Aduana es la forma que adquiere el Estado para establecer su poder soberano.

La crisis atravesada por la Argentina (y otros países de la región) en el último cuarto de siglo se vio en su máxima expresión hacia fines de la década pasada, estallando en diciembre del 2001. En ese marco, la soberanía monetaria del país se había desvanecido, amenazada tanto por la dolarización como por la necesaria proliferación de emisiones cuasi monetarias por parte de los Estados provinciales. La soberanía aduanera, por su parte, se encontraba disgregada por el vaciamiento de rol de la institución en el marco de una globalización y política comercial para la cual era un obstáculo. Todo ello en una clara muestra de la necesidad de un nuevo acuerdo social, ante la alternativa de la ruptura y disgregación del Estado federal.

Las etapas de las aduanas

Las aduanas han transitado por distintas etapas que se pueden clasificar en tres: la etapa primitiva fiscal, la etapa de consolidación económica y la etapa de mundialización. La etapa primitiva fiscal se corresponde con la aparición, principalmente con fines recaudatorios, de las aduanas. Lo que hoy llamaríamos el "hecho imponible" es el mero acto de ingresar una mercancía al territorio administrado. He allí la manifestación soberana del Estado ejerciendo el poder sobre los ingresantes, obligándoles a reconocer al soberano que gobierna el territorio.

La etapa que llamamos de consolidación económica muestra a las aduanas con una finalidad más abarcativa que el mero acto recaudatorio y avanza en la demostración del ejercicio de poder del Estado sobre su territorio económico. En la Grecia antigua aparecen disposiciones dirigidas a la acumulación de metales preciosos, obligando a los exportadores a exigir el pago de las mercancías en moneda y prohibiéndoles su gasto en el extranjero.

La tercera etapa tiene que ver con la mundialización económica. Este devenir ha generado cambios no sólo en la definición de los territorios sino que tiene que ver con la propia soberanía de los Estados para imponerse a la globalización. Quiere decir que en el proceso de ultraliberalización de los flujos comerciales, con predominancia de las grandes empresas multinacionales y las influencias de los Estados que las cobijan, el Estado debe imponer su voluntad soberana sobre el tipo de comercio que desea y los términos en que habrá de realizarse.

La historia de la Aduana argentina

Las características que acompañaron al desarrollo de la Aduana nacional permiten ubicar tres grandes etapas en su evolución, asociadas al ejercicio del poder soberano sobre el territorio del Estado.

Se puede identificar una primera etapa que va desde los inicios de la actividad comercial hasta la unificación nacional, y se caracteriza por un uso fiscalista de la Aduana. La segunda etapa marca la utilización de la Aduana para fines económicos; se podría situar a mediados de la década del treinta, con fuerte incidencia económica a partir de la segunda mitad de la década del cuarenta, cuando se inicia la conocida etapa de sustitución de importaciones. La tercera etapa tiene que ver con el proceso de apertura que se dio a partir de la segunda mitad de la década de 1970, que con mayor o menor intensidad se aplicó ininterrumpidamente hasta el 2002, incluyendo la liberalización total de la década de 1990.

El sentido soberano de la dominación manifestada a través de la política de aduanas se cristaliza en estas tres etapas sin gran esfuerzo teórico.

Cuando el ejercicio de la soberanía nacional estuvo difuso entre las provincias del Río de la Plata, la Aduana era un complejo multicéfalo en su distribución geográfica. Con el ordenamiento nacional comenzó el ejercicio del poder económico en el territorio a través de una Aduana única, cuyo fin era recaudar para los gastos del Estado nacional, ejerciendo la soberanía económica en el territorio.

Cuando la patria buscó una soberanía económica con identidad nacional, el ejercicio del poder aduanero se transformó en una herramienta central de la política sustitutiva de importaciones: se captaba la renta agraria en las exportaciones para promover la producción nacional y ambas medidas soberanas de política se cristalizaron a través del rol de la Aduana.

CONDICION SINE QUA NON PARA EL DESARROLLO

SOBERANIA MONETARIA Y FINANCIERA

POR RUBEN LEON GUILLEN
rguillen@sitioima.com.ar

La redefinición de la estructura del capitalismo que comenzara en los años 70 últimos dio lugar a la "globalización", cuya principal característica es el desarrollo de los movimientos internacionales de capital financiero hasta niveles jamás alcanzados, tanto en cantidad como en complejidad.

El mismo proceso también comprende la relocalización internacional del capital productivo. Un fenómeno que no es nuevo, pero sí más complejo y de mayor alcance que sus antecedentes históricos. Así se buscan distintas ventajas, entre ellas la disponibilidad a menor costo de los recursos que se requieren. Respecto de los recursos humanos, no sólo se busca mano de obra barata, sino además calificada y entrenada. Esto orienta al capital hacia distintos puntos del mundo, de acuerdo con la complejidad de lo que en cada caso se ha de producir. Junto con la globalización también se observa la conformación de grandes bloques político-económicos internacionales, que son parte constitutiva del mismo proceso de internacionalización.



Los bloques económicos

Tanto las características políticas como las dimensiones territoriales y económicas de los distintos bloques son diferentes. El caso paradigmático de integración política y económica es la Unión Europea (UE). Junto con ella conviven distintas experiencias, como la Federación de Estados Independientes (FEI), el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), y el Mercado Común del Sur (Mercosur).

La integración no sólo permite constituir megaeconomías para obtener ganancias de productividad, sino también condiciones políticas difíciles o imposibles de alcanzar de otra manera. Es el caso de los países de la UE, que individualmente no tenían las dimensiones económicas ni la situación estratégica de su principal competidor: los Estados Unidos. Sobre todo, no contaban con la divisa clave fundamental en el mundo de entonces: el dólar de los EE.UU. post Bretton Woods. Esta es una de las razones fundamentales que le permitieron constituirse como economía líder en el plano internacional.

Un siglo antes fue el Imperio Británico, que por sus dimensiones y organización encarnó la primera mega economía capitalista. Mientras fue la economía líder en el mundo de entonces debido a su poder político (de la mano de su capacidad bélica y las dimensiones de su flota). La libra esterlina fue la divisa clave hegemónica, y, si bien emergieron otras mega economías, como los EE.UU., reinó hasta eclipsarse definitivamente en Bretton Woods.

Los bloques económicos se sustentan en la necesidad de conformar una mega economía, precondición para que una economía pueda ser líder. Lo determinante en esta última reside por una parte en la magnitud y la complejidad de su entramado productivo. Cuanto más vasto y complejo, mayor capacidad tiene una economía para centrarse sobre sí misma y aislarse de las perturbaciones del contexto. También reside en su capacidad para generar un nivel de demanda efectiva compatible con su propia producción: en los grandes espacios económicos la gran mayoría de los intercambios son internos (1).

Liderazgo y divisas claves

El caso paradigmático de consolidación de una economía líder es el de los EE.UU. en la segunda posguerra mundial. Su liderazgo se estableció sobre la base de su hegemonía política y militar en "Occidente", así como de su potencia económica y su supremacía monetaria y financiera, formalizada en Bretton Woods.

En contraposición, el largo proceso que llevó a la constitución de la UE fue una respuesta política de los principales países de Europa occidental al liderazgo de los EE.UU. Si bien esta región poseía una magnitud económica tal que podía competir con los EE.UU., carecía de los niveles de homogeneización y fluidez de los intercambios que se obtiene a partir de una política económica común; que es mayor aún cuando se dispone de una moneda única.

La moneda es, en su esencia, la expresión más genuina de la soberanía de un Estado. La regulación de su valor (que tratándose de dinero fiduciario es siempre relativo) por parte de quien la acuña, no es ni más ni menos que el ejercicio de esa soberanía. Por ello, la capacidad con que cuenta un Estado para fijar y defender por sí mismo el valor de su moneda depende de su potencia económica y política.

Esa capacidad es crítica, porque de ella depende que la economía nacional se pueda defender de los efectos negativos de las políticas de otros Estados que afecten los tipos de cambio reales, así como regular los flujos de capital financiero desde y hacia el exterior. Estas cuestiones aparecen en los aspectos monetarios de los diferentes bloques, y tienen que ver con los liderazgos.

Al respecto, el comportamiento de cada bloque ha sido distinto y depende de la iniciativa política que-lo sustenta. Mientras la UE, mediante un largo proceso, construyó el euro y su consecuente área monetaria, el TLCAN constituye un área monetaria del dólar estadounidense (siendo allí los Estados Unidos la economía holgadamente dominante), pero, a diferencia del euro, sólo para los intercambios internacionales entre los socios. El Mercosur, en tanto, no dispone de un signo monetario propio, colectivo ni individual, con relévancia internacional.

El Mercosur es una respuesta propia de economías periféricas, que hasta el momento no pudo alcanzar una dinámica de cierta relevancia. Su enorme extensión territorial agudiza sus serias falencias de comunicación física, más allá de los severos problemas políticos, económicos y sociales que tienen sus países. Por otra parte, se trata de economías periféricas endeudadas, ninguna de cuyas monedas nacionales tiene condiciones para ser moneda internacional.

Es obvio que los fundamentos económicos de los bloques centrales, incluyendo los monetarios, no son caprichosos. Así, la política monetaria de la UE se condice con la necesidad política de instalar a Europa occidental como una de las potencias mundiales. El TLCAN, en tanto, surge como una primera respuesta estratégica de los EE.UU. ante la consolidación de la UE, seguida por otra más ambiciosa: el Area de Libre Comercio de las Américas (ALCA). Ambas se plantean como áreas reservadas al dólar.

El TLCAN reproduce la hegemonía de los EE.UU. y el comercio entre sus miembros es "libre" sólo en clave de los intereses de Washington. Por ello, si bien el trato con Canadá tiende más a un trato entre iguales, pese al acuerdo vigente México no dejó de encontrar barreras comerciales en los EE.UU.

Integración y soberanía

Resulta entonces que en esta etapa de la economía mundial la integración económica internacional es una necesidad para todos aquellos que no constituyen una mega economía, como es el caso de los países de América latina. Pero esto no es todo.

Para nuestros países, hoy la necesidad de integrarse no sólo responde a una estrategia económica, sino que es casi un problema de supervivencia como Estados independientes. Y lo es tanto por la necesidad de interactuar en un mundo signado por la constitución de bloques, como por la imposición descarnada de los intereses de los países del Norte, desde organismos tales como el Fondo Monetario Internacional (FMI) y la Organización Mundial de Comercio (OMC). Vaya como ejemplo los subsidios agrícolas del Norte, mientras la OMC le exige al Sur que abra sus economías, sin más, al comercio internacional.

Pero hay que tener en claro que la integración nunca puede ser consecuencia de un mecanismo de mercado. Más aún, no existe un mecanismo de mercado que conduzca a ella. La integración económica es en su esencia un acto político. Como tal, es una cuestión de voluntad y no de voluntarismo. Por lo tanto, para ser exitoso debe partir de reconocer las restricciones materiales que lo condicionan y los instrumentos idóneos para superarlas. Luego, debe plantearse un modo de regulación que permita la convergencia y la generación de sinergias entre las economías inmersas en el proceso. Por ejemplo, el Acuerdo de Maastrichtp, más allá de la opinión que merezca, constituye la formulación de un dispositivo de regulación; en este caso, de los aspectos monetarios.

La problemática monetaria y la problemática financiera

La problemática monetaria se corresponde con las cuestiones atinentes al valor de la moneda y al nivel de la tasa de interés. Es clave, porque el valor de la moneda permite determinar la tasa de ganancia, y con ella las condiciones de vida, producción y distribución. Mientras forma parte de la problemática financiera la capacidad para disponer del capital líquido necesario para sostener cierto nivel de inversión, así como lo atinente a los dispositivos que permiten captar el ahorro para sufragar la inversión.

Un punto crucial de la integración reside en estas dos temáticas asociadas. Si un bloque internacional no tiene resuelta su problemática monetaria, los intercambios difícilmente podrán ser regulares y fluidos, mientras la inversión, condicionada por la tasa de interés, puede tornarse errática. Asimismo, si no resuelve su problemática financiera no podrá garantizar el nivel de inversión que requiere el proceso de integración. Sobre todo las grandes inversiones en infraestructuras.

Pero la problemática monetaria no se limita a la sincronización de los tipos de cambio entre las monedas del bloque, sino que incluye la necesidad de disponer de un prestamista de última instancia que permita sostener el valor de las mismas y financiar los desequilibrios externos de sus economías. La problemática financiera, en tanto, incluye la necesidad de contar con entidades con capacidad para financiar la integración y el desarrollo, y cuyos socios fundamentales sean los países del bloque. Un bloque requiere instituciones monetarias y financieras propias. No se trata de una mera cuestión económica, sino de una cuestión política, de soberanía.

En América latina y el Caribe, tanto el FMI como el Banco Mundial (BM) y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), han sido funcionales al Consenso de Washington. Como tales no son aptos para participar y mucho menos para inducir un proceso de integración económica.

Bases para una política monetaria y financiera común

Las problemáticas referidas condicionan cualquier proceso de integración entre nuestros países. De allí que un bloque económico y político entre países del subcontinente (tanto el Mercosur actual, como una ampliación del mismo o una instancia superadora) debe incluir una solución para las mismas. Al respecto, el proceso europeo es un antecedente interesante.

Para autocentrar al bloque respecto de las cuestiones monetarias, lo primero es crear una unidad que actúe como moneda de cuenta del intercambio entre sus miembros. Se trata de organizar los flujos del comercio sin utilizar divisas clave.

Esa unidad se puede establecer mediante cierta cesta de monedas locales definida con respecto a un portafolio de divisas clave (en esencia, el dólar y el euro), a partir de una relación inicial que se irá modificando en función de las necesidades del bloque. Así se evitan las posibles perturbaciones que sufriría la economía común ante eventuales oscilaciones de una divisa clave.

Para sentar las bases de un sistema monetario común todas las monedas del bloque deben alinearse con la unidad de cuenta. Junto con ello se requiere una estricta disciplina que impida que alguien pueda estimular su economía mediante maniobras monetarias que perjudiquen al resto. Se necesita tanto tener certeza respecto de las relaciones de intercambio dentro del bloque, como establecer las relaciones entre la unidad de cuenta y las divisas claves.

El complemento de esta política es una institución supranacional que permita que los capitales vglíquidos fluyan sin dificultades entre los países. Las disponibilidades de este Fondo Regional de Préstamos se obtendrían con el depósito (remunerado) de una fracción de las reservas inter-



en verdad sólo se da geopolítica en relación con un proyecto nacional, nunca en abstracto.

Un Proyecto Nacional (PN) -término innegablemente argentino surgido a mediados de la década del sesenta y finalmente consagrado el 1 ° de mayo de 1974 en la conocida alocución presidencial al Parlamento- es la trama de la historia futura, la trama y el drama del destino que un pueblo se propone, que asume y se lanza a convertir en realidad. Esa trama (libreto o plan de vida), una vez vivida, será historia.

Parece conveniente diferenciar entre "argumento" y "proyecto", tomando la distinción del campo de la psicoterapia (en especial, Berne). Tanto uno como otro son "planes de vida", pero el argumento es un plan inconsciente de vida no decidido autónoma ni responsablemente, mientras que el "proyecto", por ser precisamente un plan consciente de vida, resulta el modo adecuado de liberarse de, y de salir del argumento. Un país o un individuo que no decide su proyecto vital se ve condenado o a vivir en el proyecto de otro país, o a vivir su argumento entendido como una suerte de existencia banal, no elegida, o del "se". "Argumento" es lo que estamos viviendo desde 1976, que resulta ocasión para que resurjan las patologías tanto de la infancia histórica del país como de los circuitos negativos de conductas sociales de tiempos posteriores.

Para los países con muchos siglos, su pasado (que es historia) es la fuente para la reflexión y para el análisis de sus problemas. Para los pueblos con escaso pasado, o con poco pasado reconocido como tal, la historia se vive más como un futuro, como algo a realizar. Es decir, un proyecto. Así, el PN es el instrumento político de un pueblo; es historia anticipada, es la trama del plan y es designio que marca la dirección, el final, los personajes y los roles dentro de un libreto unificante y otorgador de sentido. H

EDITORIAL

PIKETE CON K... DE KALECKI

La pretensión de que los piqueteros trabajen por un salario menor al que reciben en la actualidad los trabajadores formales sólo sirve para aumentar las ganancias de quienes más tienen y para perjudicar a aquellos que aún tienen empleo.

Hace mucho tiempo, Michael Kalecki, uno de los más grandes economistas del siglo XX, decía que a los empresarios no les gustaba que existiera pleno empleo. Obviamente eran otros tiempos, cuando se creía que la ciencia económica disponía de las herramientas generadas por la revolución keynesiana para terminar con el flagelo del desempleo si el Estado se lo proponía.

Aunque la crisis capitalista de mitad de los '70 se ocupó de mostrar los límites de la pretensión tecnocrática de los economistas, es interesante rescatar los argumentos de Kalecki ya que son muchos los especialistas que coinciden en diagnosticar que la Argentina podría recuperarse más rápida y equitativamente vía un aumento de la demanda agregada.

Kalecki señalaba que los empresarios tenían tres argumentos para oponerse a una política que tuviera como finalidad terminar con el desempleo, por las siguientes razones:

1) Los empresarios cuentan con la decisión de invertir o no, como herramienta de presión sobre las políticas gubernamentales. Si el Estado invirtiera directamente estaría debilitando esa herramienta de presión. De allí que ellos argumentan que las inversiones productivas deben dejarse a la actividad privada.

2) Los planes asistenciales (que estimulan directamente el consumo ya que todas estas transferencias se dirigen a él) contradicen la premisa básica de "ganarás el pan con el sudor de tu frente", que se puede traducir como "para poder sobrevivir debes subordinarte a aquel que tiene los elementos para poder producir" (1).

3) El pleno empleo no les conviene a los empresarios porque pierden poder de presión sobre los trabajadores al perder la amenaza de desemplearlos como herramienta de disciplinamiento. El mayor poder de los trabajadores se convertiría en conquistas sociales que irían en contra de sus intereses individuales aunque esto los terminara favoreciendo al constituir la demanda de sus propios productos.

Lo laboral, lejos del mercado

Los ideólogos liberales siempre se han esforzado en presentar al trabajo como si fuera un bien más, como si fueran muebles o galletitas, de forma de poder hablar de un "mercado laboral" sujeto al libre juego de la oferta y de la demanda. En realidad, lo que denominan "mercado laboral" encierra una contradicción, producto de que el resultado del trabajo no puede ser garantizado a priori. Surge así la necesidad del control por parte del empleador. Es justamente para tratar de morigerar este conflicto irreductible que en los años '80/'90 surgieron innumerables técnicas de administración de personal como los círculos de calidad, los buzones de sugerencias, las primas por sugerencias, presentismo, y otras, en un intento de "sublimación" de dicho conflicto.

La amenaza del desempleo juega un papel importante en el disciplinamiento laboral dentro de las firmas pero a la vez es inaceptable socialmente dado los niveles de desempleo abierto a que ha llegado nuestro país producto de años de "flexibilización laboral".

El "problema" piquetero

Si hay algo que nos enseña la medicina homeopática es que de poco sirve combatir las manifestaciones de una enfermedad si no se combaten sus causas. El piquete es igual, a nadie le gusta tener fiebre pero de poco servirá tratar de bajarla si no se combate la infección, y la infección que corroe el cuerpo social es el desempleo. Los planes de ayuda sirven para combatir la fiebre pero no curan la infección. Tratar de analizar la relación de los planes de ayuda (parte de los cuales reciben los piqueteros) implica tratar de articular un análisis microeconómico con otro macroeconómico.

La microeconomía

Los empresarios -muchas veces empleados de empresas multinacionales- sólo ven la posibilidad de bajar sus costos laborales, sea manteniendo el desempleo mediante la eliminación de los planes, sea incorporando los beneficiarios de los planes a sus plantillas, pero a un salario más bajo que aquel que reciben sus trabajadores actuales, o sea, incorporar mano de obra lo más barata posible aunque eso aumente la conflictibilidad con sus propios empleados. Ese "dadá" de reducir salarios a toda costa necesita que despedir a sus actuales empleados sea lo menos costoso posible, por eso es que es tan importante a los ojos empresariales que se elimine la doble indemnización que impusiera el Gobierno de transición.

Ahora bien, en realidad uno puede pensar que muchos de quienes integran los piquetes no forman parte de la oferta laboral. Años de redistribución regresiva del ingreso hicieron que gran parte de nuestra población no pudiera acceder a la educación, años de depresión económica hacen que conozcamos el desempleo de larga duración que afecta a los jóvenes que salen del sistema educativo y que no logran un primer trabajo dadas las ineficiencias de este último, y a personas que faltando pocos años para poder jubilarse pierden un empleo y nadie los reemplea por considerar que no tienen capacidad para integrar los cambios que exigen las nuevas tecnologías. Así constituyen otra "oferta" de trabajo de baja calificación y pobre salario si se deja al "libre mercado" operar por sí mismo.

De esta forma, si quienes reciben ayuda del Gobierno se integran plenamente al mercado laboral sin que se respeten los convenios colectivos, lo más probable es que sean los trabajadores formales quienes sean los afectados y las empresas las que crean que ganan. Así la pretensión de que los piqueteros trabajen por un salario menor al que reciben en la actualidad los trabajadores formales sólo sirve para aumentar las ganancias de quienes más tienen y para perjudicar a aquellos que aún tienen empleo.

La macroeconomía

En realidad, que el salario baje no es garantía de que aumente el empleo, ahí está la experiencia de los '90 agravada por la posterior devaluación. Las pretendidas ganancias de las empresas por reducción de los costos salariales seguramente no puedan ser efectivizadas por falta de demanda. Por supuesto, se podría argumentar que la demanda para nuestros productos provendría de mercados externos, pero la poca reacción de las exportaciones a la devaluación muestra a las claras que es una estrategia en la que no se puede confiar la recuperación del empleo. Por otra parte no hay ninguna garantía de que la mejora en las ganancias de las empresas, a volumen de producción constante, se transforme en inversiones y no pasen a engrosar la fuga de capitales. De esta forma, es probable que la situación macroeconómica empeore producto de la agravación de la insuficiencia de la demanda.

La condición sine qua non

Para que cualquier política económica tenga algún grado de perennidad es necesario un sostén político. Esto que aparece como algo banal es de suma importancia en momentos como el actual. En efecto, la crisis que arrastró al destierro interno a Fernando de la Rúa no file solamente económica -de lo contrario hubiera bastado con echar a Domingo Cavallo y salir de la convertibilidad-, si no política, entendida ésta como el acuerdo social tácito que constituían las "premisas" que eran el fundamento del plan. Por ejemplo, la idea de que un menor *costo* laboral generaba un menor desempleo queda desvirtuada en la práctica, a la vez que pone en evidencia el fuerte proceso de concentración del ingreso operado por dicho modelo.

En ese sentido el margen del nuevo Gobierno es muy pobre. La regla de validación democrática implica la necesidad urgente de mejorar los ingresos de la mayoría de la población, la cual hoy por hoy no logra alcanzar ingresos suficientes para cubrir los gastos que implica la Canasta Básica Total (usada como referencia para la línea de pobreza). Esto se puede hacer de dos formas:

- Manteniendo el mismo nivel de producción, mediante una fuerte redistribución de ingresos desde la minoría privilegiada hacia la mayoría empobrecida, o
- Aumentando el nivel de producción, y por consiguiente el empleo, gracias al estímulo de la demanda.

Es obvio que aunque las dos vías no son excluyentes, la primera es una política que llevará mucho tiempo para obtener los resultados esperados. En cambio, la segunda necesita de un aumento de la inversión privada (algo que los empresarios son renuentes a hacer en la Argentina de hoy) o pública, lo cual implica una necesaria participación del Estado en la economía y/o una transferencia de ingresos a los pobres para aumentar el consumo, el cual obviamente no se logrará bajando el ingreso de los trabajadores al hacerlos competir con aquellos que necesitan de un ingreso a toda costa para poder comer.

En esta búsqueda de un nuevo compromiso social para cimentar un nuevo rumbo económico, lo político es imprescindible como forma de articular el interés individual del empresariado con el interés de la sociedad como un conjunto.®

(1) Un ejemplo de esta posición la encontramos en el artículo publicado por *La Nación* de fecha 14 de diciembre firmado por Marcos Aguinis.

> > > En la liberalización, la Aduana se transformó en un obstáculo, razón por la que se inicia un proceso destructivo de los controles aduaneros. No era casual que la pérdida de soberanía económica de la Nación tuviera como correlato una Aduana desmantelada, que autorizara todo tipo de ingresos y que, en una manifestación sintética de su rol, fuera atravesada por los actos políticos y económicos más bochornosos de su historia: contrabando de armas a naciones hermanas, enriquecimiento con la falsificación de operaciones de exportación de oro, sólo por citar los dos casos más paradigmáticos.

Aspectos teóricos monetarios: la visión regulacionista

Uno de los principales exponentes del enfoque regulacionista, el profesor francés Bruno Theret, considera la moneda como un elemento de mediación social. Según esa doctrina, la moneda constituye uno de los tres grandes tipos de mediación en las sociedades modernas, y que en consecuencia hacen que los hombres sigan vinculados entre sí.

Esta afirmación encuentra sus fundamentos en la concepción que la teoría regulacionista tiene del orden político, considerando a éste como un orden separado de la sociedad, con su propia lógica, basado en una economía específica que tiene su propia esfera. Así, los tres órdenes que componen la sociedad son el político, el económico, y el tercero, que oficia de nexo, el doméstico.

Bajo este marco, las mediaciones son consideradas articulaciones entre lo político y lo económico, esferas ambas que tienen su propia dinámica y su estructura autónoma, pero que no dejan de ser interdependientes. Ello implica que la evolución de las sociedades debe pensarse como una co-evolución de los órdenes político, económico y doméstico. Bajo estos lincamientos es que se considera a la moneda como un tipo de mediación social.

La moneda no nace en la esfera mercantil, dado que la existencia de la misma es posterior a la aparición de los Estados. Se afirma que ella nace a partir del desarrollo de la autonomía del orden político, a efectos de permitir el funcionamiento del Estado y la recaudación estatal. Los aportes de la antropología han permitido afirmar que la moneda es una invención anterior a las sociedades capitalistas.

En otras palabras, inicialmente y desde un punto de vista histórico, el Estado asumió su forma capitalista moderna, paralelamente a la expansión de la producción capitalista y del asalariado. Posteriormente, y desde un punto de vista lógico, se estableció que el Estado y el capitalismo son dos modos de organización social contradictorios. En consecuencia, la cohesión de las sociedades contemporáneas es producto del equilibrio institucionalizado de las tensiones resultantes de sus lógicas diferentes.

La idea de la moneda como mediación social implica, entonces, que la misma permite articular el orden económico y político. No es únicamente un medio de cambio para la economía sino también un vínculo social que permite pagar los impuestos, enlazando así la economía mercantil con la economía del Estado.

El futuro de la Aduana argentina

En oposición a la globalización destructiva de la Aduana, *sé* plantea la necesidad de que sea una herramienta activa del proceso de inserción internacional decidida por el poder político. En este sentido, la mundialización *per se* no implica la desaparición de los controles aduaneros. En el marco de la estrategia de inserción que se ha replanteado el país, la Aduana debe acompañar a través de su integración el Mercosur. Se dispone, para facilitar el proceso, de la experiencia de la Unión Europea en materia de unificación de políticas aduaneras, a más de la integración aduanera entendida como arancel externo común.

He allí el nuevo rol de la Aduana, una integración activa en el Mercosur, facilitando los tránsitos de mercaderías entre las naciones miembro, unificando los controles, estandarizando procesos de control y sistemas de información de modo de reconocer una Aduana supranacional, suficientemente descentralizada en lo operativo.

Tanto la Argentina como Brasil, por la amplitud de sus zonas fronterizas y por sus elevados niveles transaccionales con el mundo, tienen experiencia en el manejo descentralizado de las oficinas de aduanas y los sistemas de información digitalizados. En este sentido debe apuntar el ejercicio soberano del poder sobre el territorio, de la misma manera en que la soberanía monetaria debe propender a la unificación del signo monetario con el Mercosur. I

** José Sbattella es director general de Aduanas.*



CONTACTAR E INTEGRAR

HISTORIAS DEL AGUSTINO

Para avanzar en el proyecto de país tenemos que reconocer nuestros 14 siglos de historia, y que llevamos recorridos siete proyectos. La propuesta pendiente es el Proyecto de la Integración Latinoamericana.

POR GUSTAVO FRANCISCO CIRIGLIANO
gcirigliano@sitioima.com.ar

Toda la historia es nuestra historia. Todo el pasado es nuestro pasado. (Aunque historia y pasado no son lo mismo.) A veces preferimos quedarnos con sólo una parte de ese pasado, seleccionando ingenua o engañosamente una época, una línea, unos personajes, y queriendo eludir tiempos, ignorar hechos y omitir actuaciones.

Los argentinos, todos, tenemos que reconocer que ya nos movemos en el marco de 14 siglos de historia. Y que llevamos recorridos siete proyectos. La secuencia de proyectos sería:

1) Proyecto de los habitantes de la tierra (600-1536): culturas quechua, mapuche, guaraní.

2) La Argentina hispana o colonial (1536-1800): de la fidelidad al Rey y a la Corona, de la religión y de la lengua castellana.

3) Las Misiones Jesuíticas, o la República Cristiana (1605-1768): el Reino de Dios en la tierra; la utopía del Nuevo Mundo.

4) Independentista (1800-1850): de la libertad compartida; independizarse independizando.

5) El Proyecto del ochenta (1850-1976): europeización con dependencia consentida.

6) El Proyecto de la Justicia Social (1945-1955): libre, justa y soberana, [inconcluso].

7) El Proyecto de la sumisión incondicionada al Norte imperial y globalizador (1976-).

8) Propuesta pendiente: Proyecto de la Integración Latinoamericana.

Y que somos los dos personajes básicos de cada proyecto: el protagonista y el antagonista.

Soy el conquistador y el indio, el godo y el patriota, la pampa privilegiada y el interior relegado, el inmigrante esperanzado y el gaucho condenado. El europeo bienvenido, el latinoamericano despreciado. Soy los dos, no uno de ellos solamente. Si me quedo con uno de los dos, siempre llevaré a cuestas un cabo suelto sin anudar, siempre cargaré un asunto inconcluso que no logro cerrar, siempre habrá un pedazo de mí que no lograré integrar. Y todo aquello que uno no contacta ni incorpora y, por tanto, no cierra, eso no desaparece, con-* tinúa llamando, sigue siendo un mensaje en espera de ser recibido, reclamando ser escuchado. Aún lo que j uzgamos negativo es nuestro pasado.

Contactar e integrar. Mensaje que no es recibido es mensaje que sigue dando vueltas, que continúa llamando hasta que le prestemos atención. No se gana nada ignorándolo. Convengamos en que algo por el estilo nos acontecía con Rosas, a quien no habíamos logrado integrar y que seguía ahí sin resolver pero no por ello desaparecía, aunque mostráramos indiferencia. Seguía a la espera, dando vueltas como algo pendiente.

Los pueblos inventan modos para integrar los opuestos. Las Fiestas de Moros y Cristianos que se realizan anualmente en el reino de Valencia, a la par que recuerdan ocho siglos de historia, asumen e integran los dos elementos contrapuestos del conflicto. Una fiesta simbólica y una representación catártica. El sujeto une dos partes de historia; revive y hace suya toda la historia.

Integrar significa dos opuestos que se reclaman. Elegir por uno de ellos no es integrar. Nosotros somos cuerpo y alma; elegir por uno de ellos no calma ni hace desaparecer el reclamo del postergado. Somos frente y espalda, somos sentimiento y emoción; razón y corazón, materia y espíritu, parte inferior del cuerpo y parte superior, somos conciencia y sueño. Somos egoístas y altruistas; el que quiere vivir con lo nuestro, el que acepta que unos pocos (propios o extraños) vivan de lo nuestro. El que se quiere quedar, el que se quiere ir (aun al costo de pasar a ser el nieto europeo indeseado). Somos dualidades en busca de una unidad que misteriosamente se atraen. Si no hubiera reclamo de unidad, no nos importarían los hechos sueltos y sin resolver. Pero hay una gestalt que reclama su cierre. No es difícil dividir a la historia y al pasado en dos: en dos corrientes, dos líneas, dos sectores. Porque la historia es conflicto, y el conflicto demanda dos partes y algún enfrentamiento. Pero cada parte implica a la otra. Solemos elegir una línea frente al pasado de los últimos ciento ochenta años (línea popular o línea liberal), y desde cada línea condenamos a toda la otra. Sin embargo, por más que los exorcicemos, los hechos han existido. Y, por más que los neguemos, nos reclaman. Y, por más que los ignoremos, dejaron consecuencias. Sólo por el presente debemos comprometernos y luchar, no por el pasado.

En festejos como el citado anteriormente, el individuo logra unir dos partes de historia, reviviendo y haciendo suya toda la historia. En términos de la Terapia Gestalt, ello es un modo de contactar, tomar conciencia, asumir, integrar las partes antagónicas, pero —ambas mías— sin dejar cabos sueltos ni asuntos pendientes. Lo inconcluso siempre pide ser acabado.

Somos siete proyectos y los siete son nuestros: son nosotros. No podemos seleccionar los hechos que nos gusten y desechar los ingratos. Al menos no de este modo, porque la historia son hechos, los hechos que han acontecido, aun con toda su ambigüedad; pero es más: son hechos más sentido. Y si bien los hechos seguirán pareciendo siempre los mismos, los sentidos cambiarán con los proyectos, llámese proyecto histórico, proyecto político o proyecto nacional (denominación esta última que habitualmente se utiliza en nuestro país) o simplemente proyecto de país (PP).

Cada proyecto histórico, político o nacional (utilizamos los términos con similar significación) reacomoda, reorganiza, revalora los hechos según el nuevo significado que conforme a sus valores centrales adquieren. Así, si la Geopolítica es la reorganización de la geografía de siempre para hacer una nueva historia, cada PP produce un reordenamiento espacial;

nacionales de sus miembros, a las que se utilizaría para financiar los desequilibrios externos de los países del bloque que así lo requieran.

En el largo plazo, y de acuerdo con la consolidación del bloque, la unidad de cuenta puede ser reemplazada por una moneda circulante. Entonces, frente a la Reserva Federal y al Banco Central Europeo se erigiría un Banco Central Latinoamericano, capaz de actuar como prestamista de última instancia, de financiar los déficit transitorios y de regular la masa monetaria de las economías del bloque. Esta última etapa corresponde a un alto grado de maduración y homogeneidad del conjunto. Antes, se requiere crear las condiciones para que esto sea así.

Para ser exitoso, un proceso de integración entre autonomías muy disímiles en tamaño y grado de desarrollo necesita nivelar sus productividades. Y esto sólo se logra a partir de la formulación y la ejecución de políticas de desarrollo y homogeneización.

Más allá de la política monetaria común, estas otras políticas requieren de fondos suficientes para financiar su ejecución; que en última instancia implica disponer de crédito en condiciones compatibles con la tasa de ganancia. Y esto no se puede hacer ni con el BM ni con el BID, dada su orientación ideológica y política.

Se necesita entonces una banca regional de desarrollo, una Corporación de Fomento que se puede establecer sobre la base de algunas instituciones del subcontinente (como la Corporación Andina de Fomento, el Banco de Inversión y Comercio Exterior, de Argentina, el Banco Nacional de Desarrollo Económico y Social, de Brasil, etc.).

Conclusiones

La posibilidad de poder ejercer el comercio intrarregional sin utilizar divisas clave, la defensa de las monedas locales a partir de una moneda de cuenta común y la capacidad para financiar los desequilibrios externos sin someterse a otras políticas más que las que decida el bloque regional, son condición sine qua non para el ejercicio pleno de la soberanía política y económica.

Así como la posibilidad de poder financiar los proyectos de infraestructura y otras grandes inversiones del bloque, sin otros parámetros de eficacia y eficiencia que los que él mismo establezca (lo que también es un ejercicio de soberanía), es condición sine qua non del desarrollo.

Desarrollo y soberanía van de la mano, y no se pueden alcanzar sin soberanía monetaria y capacidad financiera propia para acometer las grandes inversiones. Toda política de integración que prescinda de estas cuestiones es una mera expresión de deseos. Por eso, una vez más, para ser realista hay que plantearse lo imposible. Y esta es una tarea política. I

(1) En 2001 el producto nacional bruto de los EE.UU. era de 10.104,1 miles de millones de dólares, sus exportaciones de 730,8 y sus importaciones de 1.180,2. En el mismo año el producto nacional bruto de la UE fue de 6.805,3 miles de millones de dólares, sus exportaciones de 831,8 y sus importaciones de 780,5. (International Monetary Found, *Year Book 2001.)*

LA POLÍTICA Y LOS CÍRCULOS VIRTUOSOS (Y VICIOSOS) DE LA ECONOMÍA

POR PABLO LAVARELLO Y MIGUEL ZANABRIA
plavarello@sitioima.com.ar y mzanabria@sitioima.com.ar

Luego del colapso del régimen de acumulación queda pendiente la discusión de fondo, esto es, si lograremos recuperar un Estado que restaure su rol en la determinación del nivel y composición de la demanda de bienes y servicios públicos.

Según los autores de *La mundialización financiera* (1), la economía capitalista se caracteriza por la pretensión del capital financiero concentrado a “autonomizarse” de la acumulación productiva. Esto es, la ambición de obtener ganancias sin pasar por la producción, valorizando el capital a través de intereses o bien aumento del precio de las acciones. Si bien jamás esto puede dejar de ser una pretensión (puesto que dicha “valorización financiera” no es otra cosa que una apropiación del excedente generado por la producción), una lógica de beneficios es reemplazada por una lógica de rentas, usando la distinción de Joan Robinson en su texto *La acumulación de capital.* Esta pretensión no es nueva, siempre estuvo presente, sin embargo la misma alcanzó grados jamás imaginados a causa de importantes cambios políticos, tales como la desregulación y la liberalización de los mercados financieros nacionales desde los años 80.

Sin embargo, contra toda visión mecanicista de la crisis, existieron “fases virtuosas” del capitalismo en las cuales dicha pretensión de autonomía se subordinó a la acumulación productiva, traduciéndose en crecimiento y aumento del empleo. Pero tal subordinación no fue resultado de la acción descentralizada de los capitales individuales, sino que resultó de la política, de la creación de instituciones, en las cuales el Estado jugó un rol esencial. Tal como los análisis de los autores regulacionistas franceses lo han ilustrado, la referencia inmediata a dicha virtuosidad transitoria son los regímenes de acumulación nacionales de la posguerra en los países desarrollados, el fordismo durante el denominado período de los “30 gloriosos “.

A riesgo de simplificar en exceso, podemos decir que la virtuosidad de dicho régimen se explicaba por la capacidad de complementar los aumentos en la productividad y la expansión en la demanda. Este compromiso institucionalizado en la relación entre el capital y el trabajo (rapport salarial) aseguraba la distribución de una parte de los incrementos de productividad hacia los trabajadores, quienes eran los principales consumidores de bienes. De forma complementaria, a fin de evitar los efectos de la inestabilidad financiera internacional, los controles de cambios limitaban la interconexión internacional de los diferentes mercados financieros nacionales. Luego, la intermediación entre el ahorro y la inversión se realizaba en el espacio nacional, y en el contexto de tasas de interés reales negativas, los plazos y las condiciones de inversión resultaban más favorables a la acumulación productiva que a la valorización financiera.

En nuestro país, si tal virtuosidad se expresó tímidamente fue debido al agotamiento del régimen agro-exportador durante los años 30 y por la superación de la impasse gracias a la incursión en la política de los sectores desplazados —la clase trabajadora— que permitió, como resultado de sus luchas, la institucionalización de una relación capital-trabajo en la cual las remuneraciones estaban indexadas por el costo de vida, los salarios se ajustaban por la productividad y se desarrollaba un vasto sistema de protección social. Sin embargo, a diferencia de los países desarrollados, esta relación capital-trabajo no tuvo el rol central que alcanzó en aquéllos porque fue bloqueada por otras instituciones.

Por un lado, la inserción “pasiva” en el comercio internacional, dada por el carácter de exportadores de materias primas e importadores de insumos industriales que se traducía en desequilibrios recurrentes en el sector externo. Por otro lado, las “formas de competencia” existentes -oligopolísticas y dominadas en sus ramas dinámicas por empresas multinacionales- no permitían superar la restricción externa, porque la inelasticidad de las exportaciones y la necesidad de divisas para la importación de insumos y equipos, generaba crisis periódicas por escasez de divisas (los denominados ciclos de *stop andgo).*

Nunca sabremos si efectivamente se hubieran podido superar estas fuentes de inestabilidad propias a la industrialización sustitutiva, ya sea mediante su profundización o bien mediante el paso a una nueva etapa de promoción de exportaciones. La dictadura abortaría dicha experiencia a partir del terrorismo de Estado y la desindustrialización, logrando la desarticulación de la alianza entre una burguesía nacional emergente y la clase trabajadora. Más tarde, con el gobierno de Carlos Saúl Menem, el conjunto de instituciones de la posguerra terminaría de eliminarse y se adoptaría un nuevo modo de regulación en el cual el capital recuperaría toda la libertad para sus pretensiones de rentas financieras.

Una década más tarde, presenciamos el colapso de este modo de regulación de la economía. Configuración institucional en la cual la liberalización financiera, la privatización y apertura se conjugan con la fragmentación del mercado de trabajo y el crecimiento sin precedentes de la pobreza, impidiendo no sólo la reproducción económica sino de la misma sociedad. Contrariamente a las diatribas de los fundamentalistas del mercado, la apertura y la desregulación no permitieron aprovechar las oportunidades de desarrollo, ampliando la cantidad de sectores capaces de competir internacionalmente generando el necesario cambio estructural. Seguimos siendo un país donde la variación del producto se explica por la expansión de ramas de bienes de consumo y servicios para el mercado interno, donde las exportaciones se concentran en algunos commodities agrícolas e industriales. En consecuencia, nuestra estructura productiva no logra salir de la dicotomía entre bienes indiferenciados para la exportación-bienes diferenciados para el mercado interno.

Aun en el caso de las actividades en las cuales nuestro país posee “ventajas comparativas”, las empresas multinacionales, lejos de generar el cambio estructural mediante la inversión, compraron empresas existentes para valorizar sus tecnologías y marcas ya desarrolladas en sus países de origen o bien aprovisionarse de materias primas con un escaso valor agregado. La ampliación de las líneas existentes o las inversiones *greenfield* (nuevas inversiones) fueron secundarias durante la década, dominando la centralización y la racionalización. Aún está por verse si dicho proceso generó algún tipo de transferencia tecnológica y organizacional tal que los sectores diferenciados posibiliten una especialización más activa en los próximos años.

En cuanto a las formas de competencia, si en algún momento se pensó que la entrada de empresas multinacionales y las importaciones iban a mermar las conductas oligopolistas, se pecó (en el mejor de los casos) de inocencia. En ausencia de reglas del juego que permitan la entrada y la salida de nuevos competidores, que definan los criterios de crecimiento de las empresas, las tendencias al abuso del poder del mercado han sido más fuertes que el desarrollo de capacidades competitivas. Después de casi 15 años de política liberal, recién hoy se empieza a aplicar la nueva legislación de defensa de la competencia. En este marco institucional, las respuestas del sector privado a la caída del volumen demandado es lógicamente el aumento dedos precios en la medida que la inelasticidad de la demanda y la depresión se los permita. Este es el caso de las grandes cadenas de supermercados que, luego de haber desplazado del sector a una gran parte del comercio minorista, aumentan el valor de sus ventas al mismo tiempo que se contrae el volumen físico vendido tal como lo ilustran los indicadores de ventas de los supermercados publicados por el Indec. Los aumentos de precios de alimentos, hacen que la crisis del patrón de acumulación de los ‘90 se descargue con toda fuerza sobre los pobres.

El modo de regulación consolidado después de 25 años de políticas liberales llega a la gran paradoja que en un país que produce alimentos para más de 100 millones de personas, 7.777.000 personas no puedan cubrir sus necesidades alimentarias imprescindibles para continuar viviendo.

La solución de emergencia practicada por el Gobierno fue la indicada frente a la catástrofe: gravar mediante retenciones el excedente de los complejos exportadores favorecidos por la devaluación desordenada, a fin de morigerar el aumento de precios de alimentos y generar recursos al Estado.

Sin embargo, luego del colapso del régimen de acumulación cristalizado en los ‘90, queda pendiente aún la discusión de fondo, aquella que refiere a la posibilidad de emergencia de un régimen de acumulación virtuoso. Es decir, un régimen con una configuración institucional que permita generar riqueza y coordinar un desarrollo integrador de todos los fragmentos de este país. Un régimen en el cual la inserción internacional no se limite a la exportación de commodities y a la inversión extranjera directa en busca de rentas de oligopolio en el mercado interno. Sino que busque la producción de bienes diferenciados intensivos en mano de obra calificada bajo formas de competencia que favorezcan la innovación y el desarrollo de entramados tecnológicos (clusters y cadenas).

Complementariamente, esas formas de inserción y de competencia serían complementarias a una relación capital-trabajo no precaria, con acuerdos colectivos, que posibiliten la distribución de cuasi-rentas de innovación entre capitalistas y trabajadores. El régimen monetario que nos permita superar un sistema financiero extrovertido que valida la fuga de capitales, recreando la confianza en la moneda y en la intermediación doméstica entre el ahorro y la inversión; en fin, con un Estado que recupere su rol en la determinación del nivel y composición de la demanda de bienes y servicios públicos tales como los productos alimentarios, los medicamentos, la educación, la vivienda, el transporte. Este proceso de aprendizaje institucional puede que sea encaminado en los próximos años, cuando la incursión en la política de los sectores desplazados (o en vías de desplazamiento) permita emerger instituciones, esto es acuerdos sociales sobre las nuevas reglas del juego. H

(1) Chesnais, F. (2001), *La mundialización financiera,* Buenos Aires, Losada.

IDENTIDAD REGIONAL Y MERCOSUR

El actual proceso de integración es mucho más que un bloque comercial. Tiene también una raíz cultural que debe hacer frente, en forma simultánea, a la globalización hegemónica y al nacionalismo xenófobo, en su búsqueda de ampliar la conciencia de pertenencia regional.

POR MARIO RAPOPORT
mrapoport@sitioima.com. ar

Desde el momento en que españoles y portugueses se apropiaron, sin mucha misericordia, del territorio que ocupaban los pueblos americanos originarios en el espacio comprendido entre las cuencas del Amazonas y del Plata, dieron inicio a una particular interacción que, por sobre rivalidades, guerras y competencias diversas, fue delineando, en el curso de algo más de cinco siglos, una serie de rasgos comunes. Así se anudaron lazos comerciales, culturales, familiares, modismos y costumbres similares, de tal modo que esas identidades regionales atravesaron los límites artificiales de los Estados nacionales, dando lugar a la frontera puente, a la frontera de cohesión.

Al intensificarse los intercambios comerciales surgieron, sobre todo en el transcurso del siglo XX, las primeras ideas e iniciativas para crear mecanismos que facilitaran la reciprocidad entre los países del Cono Sur y también para formalizar acuerdos o uniones aduaneras que, a largo plazo, apuntaran a conformar mercados ampliados. De esta manera, y durante varias décadas, bajo la superficie retórica de la diplomacia, fueron creciendo tendencias hacia una mayor integración que, no por oculta y silenciosa, dejó de ser una aspiración cada vez más necesaria, haciendo eclosión finalmente con la creación del Mercosur.

Pero el actual proceso de integración es mucho más que un bloque comercial. Tiene también una raíz cultural que debe hacer frente, en forma simultánea, a la globalización hegemónica y al nacionalismo xenófobo, en su búsqueda de ampliar la conciencia de pertenencia regional.

Desde una perspectiva histórica el Cono Sur reconoce que su identidad y sentido unitario están dados por la existencia de un conjunto de problemas comunes y más o menos generalizados o extendidos a través del tiempo, como haber sido un lugar donde confluyeron pueblos indígenas sometidos y colonialismos depredadores y portadores de nuevos paradigmas culturales, sangrientas luchas por la independencia y contra la esclavitud, un espacio receptor de grupos de variadas culturas y nacionalidades que llegaron en cuantiosos contingentes inmigratorios y el terreno de conflictos sociales basados en estructuras económicas injustas, regímenes opresivos y una fuerte dependencia de poderes externos. Estos constituyen algunos elementos profundos de la historia social común, y sobre todo, la pertenencia cultural y política a América latina, la mezcla étnica, la inserción periférica en la economía y la política globales, las grandes brechas sociales y los relativamente bajos niveles de desarrollo humano.

La integración en el Mercosur exige una clara percepción del otro para que cada uno se identifique lo más aproximadamente posible con los demás miembros del bloque. Tiene por objeto, más precisamente, descubrir los sustratos comunes y compartir tanto recursos como valores, visiones del mundo, proyectos nacionales y regionales con la idea de construir una identidad colectiva sustentada en una historia y una geografía social convergentes. Esto quiere decir que la construcción de una identidad de bloque, como resultado de la superación de antiguas resistencias y temores, abre un espacio no sólo para consolidar una cultura de amistad, sino para respaldar el surgimiento de una nueva sociedad entre los habitantes de la región, más profunda que la simple alianza estratégica y que puede incluir a los otros países del continente.

En ese sentido, las tendencias globalizadoras en curso y la alineación en bloques regionales a la que inevitablemente conllevan, signadas hasta el presente por su marcado economicismo, han replanteado los debates acerca de un nuevo tipo de integración. Y esto presupone la inclusión de la dimensión cultural y, por consiguiente, de la cuestión de la identidad en relación con el proceso integrador que se recorre.

La configuración de una matriz identitaria es un problema complejo y dinámico en el que intervienen realidades económicas, políticas e institucionales concretas y se entrecruzan diversas instancias sociológicas, psicosociales, ideológicas, inmersas en el transcurso histórico. ¿Es posible la configuración de una identidad regional? Resolver de manera favorable esta cuestión implica remover las trabas que dificultaron la incorporación de nuestros pueblos a la modernidad respetando sus legítimas diferencias, y proceder, también, a la recuperación, reconstrucción y desarrollo de un patrimonio común devastado pero vivo.

Significa, finalmente, edificar una estructura social, política y económica distinta basada, en lo externo, en principios como la autodeterminación, la mayor independencia económica, el rechazo de los hegemonismos y la no intervención, el arreglo pacífico de disputas, el respeto al derecho internacional y la reducción de las desigualdades en el mundo; y, en lo nacional, en la construcción de sociedades más justas, que tengan como propósito no sólo el crecimiento material sino una mejor distribución de las riquezas, del conocimiento y de los valores culturales compartidos y la consolidación de democracias verdaderamente representativas.M

IDENTIDAD Y PROYECTO NACIONAL

Lo que está en juego es determinar qué hacemos con lo que han hecho de nosotros. Porque el Proyecto Nacional que nos debemos es la herramienta que hace falta para darle sentido y contenido a nuestra identidad como país en serio.

POR VICTOR SANTA MARIA
vsantamaria@sitioima.com.ar

La identidad es lo que nos permite reconocernos a nosotros mismos. Lo que nos permite organizar nuestros conocimientos, nuestras creencias, nuestros sentimientos, para darle coherencia a nuestra acción. En definitiva, lo que nos posibilita saber individualmente quiénes somos y lo que nos permite darle un sentido a nuestra vida. Así es que somos nuestra experiencia, nuestro pasado, nuestra historia. Todo eso que nos ha llevado a ser lo que hoy somos. Pero también somos el objetivo que perseguimos, en la medida que ese deseo oriente nuestros actos en el sentido de acercarnos cada vez más a él. Cuando hay un objetivo claro y planificamos los medios disponibles para alcanzarlo, podemos decir que tenemos un proyecto. Y es ese proyecto el que brinda sentido a nuestra vida cotidiana y nutre de contenidos a nuestra identidad.

Pero la identidad na es sólo un acontecimiento individual, que se encierra en el ámbito personal y permanece ciego a lo que sucede alrededor. Porque la identidad precisa de un tiempo y un espacio en los que situarse. La identidad es también lo que nos convierte en parte de algo más grande que nosotros mismos, que pasa a ser nuestro lugar de pertenencia. Ese lugar donde nos sentimos "uno más que sabe que es uno más" y que compartimos con aquellos que asumen esa misma identidad en común, con aquellos con quienes nos identificamos. De esa manera, nuestra identidad individual se abre para formar parte de una identidad colectiva. La que, a su vez, en la medida que toma conciencia de la realidad en la que vive, se convierte en una identidad social. Y que en la medida que se organiza para incidir sobre esa realidad, puede transformarse en una identidad política, que en la actualidad encuentra una gran diversidad para manifestarse, más allá incluso de las formas tradicionales o históricas.



En la Argentina, un claro ejemplo de construcción de identidad social puede rastrearse en la historia del movimiento obrero organizado. Es con la aparición del peronismo, a mediados del siglo pasado, cuando el establecimiento de un nuevo orden legal y su cumplimiento efectivo garantizado por el Estado, genera un cambio revolucionario en el significado del trabajo como función en la dinámica de la sociedad. Había dejado de ser sinónimo de miseria, hambre y explotación, para comenzar a significar respeto, alimentación, educación, seguridad social, progreso, calidad de vida. En definitiva, se le devolvía al trabajo la dignidad humana que le había sido arrebatada por el "afán desmedido de lucro" de quienes se enriquecían a costa del sacrificio y el sufrimiento de los más pobres. Esta dignidad recuperada para el trabajo, se grabó como un elemento esencial en la identidad de las personas de carne y hueso que la experimentaron por su carácter de trabajadores. Y pudo permanecer en la memoria colectiva gracias a que esa construcción de subjetividad y autonomía se consolidó en las organizaciones que aglutinaron a los trabajadores, en torno de una identidad basada en el lugar compartido en el ámbito laboral, con sus culturas y estilos particulares. Las organizaciones del movimiento obrero se constituyeron de esta manera en herramientas para lograr una mejora paulatina en su calidad de vida y ejercer más plenamente su rol de ciudadanos activos, a través de la participación en las decisiones del conjunto social.

Frente a esto, que significaba una traba a cualquier intento de concentración económica, la última dictadura que padecimos los argentinos, instauró el terror como sistema. Un terror caracterizado por el ataque sistemático de todo tipo de organización que pudiera actuar en el sentido de promover mayores niveles de justicia social y resistir frente a cualquier retroceso del bienestar de las clases populares. Proscripción, persecución, tortura, muerte, prácticas que se volvieron comunes para la vida cotidiana de los argentinos. Y más: una vocación de solución final para terminar con el país que había surgido del peronismo. Una voluntad de exterminio que llegó al extremo de instalar campos de concentración destinados a una disolución violenta de la identidad, a través de la desaparición forzada de personas. Destrucción de gran parte del tejido productivo nacional, cada vez más trabajadores sin trabajo, base de una desocupación endémica y una creciente exclusión social. Sus consecuencias son visibles aún en nuestros días: por lo menos ocho millones de argentinos con hambre en un país que produce alimentos para más de 100 millones de personas. Claramente, el resultado no ha sido un país más pobre, sino la consolidación estructural de un país profundamente injusto.

La sociedad dio por terminado ese modelo de no-país durante los últimos días del 2001. Pero hubo que esperar hasta la asunción del presidente Kirchner en mayo del 2003 para ver el inicio de una nueva etapa. Una etapa de responsabilidad colectiva, donde finalmente lo que está en cuestión es qué hacemos con lo que han hecho de nosotros.

Hoy nuestro país se reinserta en el mundo desde un lugar de autodeterminación y dignidad. Pero es mucho lo que nos queda por reconstruir. Y esa tarea de reconstrucción, necesariamente deberá superar las dificultades que aún persisten como un efecto residual de la acción depredadora del capitalismo salvaje sobre nuestra identidad colectiva. Es decir, del camino que debimos recorrer para llegar a este presente donde las mayorías han recuperado la esperanza y vislumbran el horizonte de un futuro mejor. Ese es nuestro punto de partida para el camino que tenemos por delante. Donde nos cabe explicitar los consensos mayoritarios acerca del país que queremos y de las formas viables de hacerlo realidad. Abriendo los espacios para la reconstrucción de nuestra identidad nacional, aceptando las diferencias y la diversidad, de una fragmentación del tejido social que es preciso recomponer en una nueva instancia superadora del pasado. Encontrando los denominadores comunes que nos permitan avanzar en ese sentido, articulando una nueva democracia militante, con el eje puesto en una recuperación plena de nuestra función de ciudadanos.

Necesitamos reconstruir nuestra identidad nacional. Necesitamos explicitar un nuevo modelo de integración social y desarrollo humano, que abarque cada espacio donde el modelo de no-país llegó a ejercer su influencia destructiva. Pero es fundamental darnos un Proyecto Nacional, que defina claramente el futuro que deseamos para nosotros y para nuestros hijos. Porque el Proyecto Nacional que nos debemos es la herramienta que hace falta para darle sentido y contenido a nuestra identidad como país en serio. Lo que es decir un país donde los ciudadanos volvamos a ser verdaderos artífices de un destino en común, con dignidad y justicia social para todos. H